

de los políticos y legistas subía de punto á medida que se acercaba el fin de causa tan importante. El procedimiento, que la ley no regulaba; la pena, que el código no fijaba; la diferencia de composición entre la Cámara actual, llamada á juzgar, y la anterior, eran semillero inagotable de acaloradas discusiones, que llevaron en la muchedumbre la agitación al paroxismo. Se desconfiaba del juicio de los Pares; dándose al olvido el peregrino carácter de aquella causa, sólo se recordaban los ayes de las víctimas, la sangre derramada, los horrores que las balas de los suizos y de la Guardia Real causarían en el pueblo, al que no podía acusarse de conspirador, puesto que había apelado á las armas para defender la ley. Los amigos de los exministros, ponderando las virtudes cívicas y los sentimientos patrióticos de sus defendidos, atizaban el fuego, llegando el público furor al punto de temerse que, si se dictaba sentencia absolutoria, las turbas asaltasen el Luxemburgo, se apoderasen de los cuatro acusados y los arrastrasen por las calles. Días después, se supo que los carlistas emplearon dinero y buena parte de su influencia en fomentar aquella agitación, seguros de lo mucho que ganaría su causa si se renovaban las venganzas y sangrientas escenas de mil setecientos noventa y tres. Su labor encontraba el terreno bien dispuesto. Eran no pocos los que, de buena fe y sintiéndose lastimados, estimaban salutar para el bien público el castigo de los acusados; otros, de corazón más duro, gozaban proveyendo el degüello de unos cuantos aristócratas; los más, incapaces de cometer un crimen, contribuían, sin embargo, á la agitación, viendo en ella un acto de protesta contra el gobierno y las Cámaras, que se oponían de continuo á llevar las cosas tan adelante como ellos quisieran. En este grupo figuraban los jóvenes de las escuelas Politécnica y de Medicina, elemento valiosísimo de la revolución, y la Guardia Nacional de artillería, resueltamente republicana; en los otros dos, la multitud indocumentada y no pocos guardias nacionales, y en medio de estas masas entusiasmadas, pero sanas, començáronse á ver gentes astrosas, de horrible catadura, que no se sabe dónde se ocultan en los días de paz y de orden, y que, en momentos de revolución, lo llenan todo y todo lo pueden.

Lafayette y Odilón Barrot, concedores de las fuerzas revolucionarias, llegaron á temer que el populacho se sobrepusiese al pueblo y que París presenciara días de luto, y hallando en el rey y en el gobierno apoyo y estímulo, consagraron toda su actividad á contenerlo. El día más crítico fué el de la sentencia. Dictóse ésta á las diez de la noche del veintitrés de Diciembre, ausentes los acusados, en presencia de escaso número de Pares y de unos cuantos asistentes á las tribunas, por haberse hecho creer al público que aquel acto se retrasaría considerablemente. Se condenaba: á Polignac, á prisión perpetua en el territorio continental del reino, pérdida de honores, grados y órdenes, declarándole muerto civilmente; á Peyronnet, Guernon Ranville y Chantelauc, á prisión perpetua, interdicción legal y destitución parcial de sus títulos, grados y órdenes; á todos, por iguales

partes, al pago de los gastos del proceso. Rodeado el Luxemburgo de compactas y furiosas masas, por correr la voz de que los acusados iban á ser absueltos, y unidas á ellos en actitud nada pacífica no pocas compañías de guardias nacionales, vióse próximo el momento de efectuarse el tan anunciado asalto. Urgía, para evitarlo, calmar la opinión y poner en sitio seguro á los reos. Ambos fines se lograron propagando la versión de que los acusados habían sido condenados á pena capital, pena aplicable aún por no haber sido elevado á ley el acuerdo de la Cámara popular, y disponiendo trasladar á los sentenciados á la fortaleza de Vincennes.

Aprovechando el momento de tranquilidad que la falsa noticia produjera, cerca de media noche, hizo subir á los condenados en un carruaje; colocóse junto á la portezuela el ministro Montalivet, montado á caballo, y seguidos de fuerte escolta, marcharon á trote largo por entre las filas de guardias nacionales, formadas por Lafayette, en dirección á los arrabales de París. Era tal la impaciencia de Luis Felipe y de su gobierno que, al salvar el recinto de la ciudad, Montalivet escribió al Rey sobre el arzón de su silla: «Señor, hemos franqueado la mitad de la distancia; nos quedan sólo unos instantes de peligro para llegar á Vincennes, y todo se habrá salvado». En efecto, por el camino se les presentaron grupos en actitud amenazadora, pero que les dejaron franco el paso. A las dos horas de marcha acelerada, llegaron sanos y salvos á la deseada fortaleza, donde se notificó á los reos la sentencia.

La entereza con que el gobierno defendió la vida de los ex-ministros de Carlos X, mereció plácemes universales. Todos, hasta los más acérrimos anti-orleanistas, reconocieron el precioso servicio que entonces prestara el general Lafayette, quien, en la orden del día del veinticuatro de Diciembre, estampó estas frases: «El momento crítico ha pasado felizmente. La Revolución ha salido pura de esta nueva prueba, desmintiendo con ello á los calumniadores de todos los países. Los jueces nos han dado las gracias por medio de su presidente; la aprobación de la Cámara de representantes ha sido votada en la sesión de ayer; aclamaciones de amor han respondido al tributo de gracias personal del Rey. La capital, cuya seguridad ha sido garantida con una prudente firmeza, está contenta de nosotros, y lo mismo sucederá en toda Francia. Los negocios, como nuestro servicio, vuelven á su curso ordinario; todo se ha hecho en aras del orden público; nuestra recompensa consiste en esperar que todo ha de concurrir el triunfo de la libertad». Grave, en verdad, había sido el peligro, mas no tanto como propalaran los enemigos de la revolución, haciendo creer en el extranjero que iban á reproducirse las horribles escenas de la época del Terror.

La feliz jornada de veintitrés de Diciembre señala el momento de mayor autoridad de Lafayette, cuyas virtudes personales corrían parejas con su amor á la libertad política y su popularidad inmensa. No se ocultaba á su buen juicio que la monarquía, por ins-

tinto de conservación, esquivaría el compromiso de rodearse de instituciones republicanas, y que, planteada la lucha entre los conservadores, atraídos por la reacción, y los radicales, propulsores del progreso, era necesario que él y los suyos tomaran posiciones inclinando las cosas hacia el Hotel de Ville, lo que no podía hacer el gabinete Laffite por su escasa autoridad en el Parlamento. En su consecuencia, Lafayette pedía como garantía y recompensa: primero, la disolución inmediata de la Cámara de diputados, cuya mayoría no correspondía á las opiniones de sus amigos; segundo, la extensión del sufragio á todos los contribuyentes; tercero, la promesa de reconstituir la pairia sobre combinaciones casi electivas, conforme á los principios de la ley americana. En este último punto eran sus convicciones tan firmes que, al recibir los plácemes de Sebastiani con motivo de los sucesos antes relatados, le dijo: «Os hemos salvado y esperamos que ahora nos daréis, en cambio, la abolición de la pairia».

Lo que le dieron fué la destitución. Enterada la Cámara de diputados de los proyectos del jefe de la fuerza popular, se propuso destruir la especie de dictadura que ejercía, aprovechando al efecto la discusión de la ley reorganizando la Guardia Nacional. La posición de Lafayette era, ciertamente, extraña é indefinible. Comandante general de la fuerza ciudadana de toda Francia, su poder, mayormente en París, era inmenso; pues la Guardia Nacional, compuesta de individuos de edad madura, bien armados, distribuidos en compañías y batallones, con oficiales y jefes por ellos designados, hábiles en el manejo del fusil y unidos por un sincero amor á Lafayette, constituían un núcleo bastante fuerte para hacer frente al ejército, si llegaba el caso. A este poder material juntábase el moral de Lafayette, que, por la parte que tomara en las barricadas de Julio, aparecía revestido de la autoridad y prestigio de los triunfadores, y por su prudencia y su civismo, era garantía de orden y como pedestal del sistema representativo. Pero ni gloria, ni virtudes, ni sacrificios detuvieron á sus adversarios, que dirigieron sus tiros á suprimir el cargo. Dupín, jefe de esta oposición, dijo en la Cámara: «Desde el treinta de Julio, el general Lafayette ha sido la ley viva de la Guardia Nacional. Ha recogido inmensa gloria por la manera con que ha llenado su difícil cometido; pero el amigo, el compañero, el émulo de Wáshington, comprende muy bien que no puede ser toda su vida la ley viva, á menos que la ley escrita no sea ley muerta. Si este gran amigo de la libertad se hallara en este recinto, sería el primero en decir: «No quiero ser la ley viva; quiero volver á ser lo que soy, el ciudadano de ambos mundos». Semejantes elogios no bastaron á ocultar la intención vertida en este párrafo del proyecto de ley: «En las comunidades ó cantones donde la Guardia Nacional forme más de una legión, el rey podrá nombrar comandante superior de todo el Departamento y aun de un distrito ó subprefectura», con lo que se abolía, sin decirlo, el cargo de comandante en jefe de la Guardia Nacional en toda Francia.

Desinteresado y pundonoroso, Lafayette presentó la dimisión de su cargo, declarando «que sus convicciones más caras le impedían seguir desempeñando una función que se entendía no estar en armonía con la ley». Inmediatamente de recibir la renuncia, Luis Felipe tomó la pluma y escribió: «Recibo, mi querido general, su carta, que me ha causado tanta pena como sorpresa la decisión que usted ha tomado; no he tenido aún tiempo de leer los periódicos»... Esto osaba decir al que le había dado el trono Luis Felipe, que se hallaba al corriente de cuanto pasaba en la Cámara, y con cuyo acuerdo el presidente del Consejo de ministros había ofrecido á Lafayette el título de comandante honorario, que éste rechazó juzgando «que semejantes condecoraciones nominales no convenían á un país libre ni á él». No se le ocultó á Lafayette la comedia que representaba el Rey, y por esto, sin duda, rechazó también el cargo de comandante de la Guardia Nacional de París, que se le ofreció con insistencia. Generoso hasta lo inverosímil, nada intentó Lafayette contra los que se conjuraron para derribarle, limitándose, en la alocución con que se despidió de sus guardias nacionales, á deslizar, quizá con ánimo de sosegarlos, algunas frases no muy tranquilizadoras para el gobierno y para el Rey.

Políticamente juzgada, quizás se califique de inocente la conducta de Lafayette. Mucho más lo fué aún la del gabinete Laffite, apoyando en la Cámara popular el artículo que había de determinar la dimisión del que era el sostén de su vida. Su descomposición comenzó inmediatamente por la dimisión de Dupont de l'Eure, que se despidió del Rey con estas palabras: «Lafayette se considera destituido por la Cámara de los diputados, y en todas partes le preguntan cuál pueda ser la causa de semejante hostilidad al general ilustre que acaba de contribuir poderosamente al restablecimiento del orden en París. La tierna amistad, la comunidad de sentimientos políticos que me unen á este gran ciudadano, no me permiten continuar formando parte de un ministerio apoyado en la mayoría que le ha derrocado». La vacante de Dupont de l'Eure la ocupó Merilhon, y la de éste, Barthe. A Dupont de l'Eure siguieron no pocos de sus íntimos. Odilon Barrot continuó en su puesto, pero limitando sus funciones á lo puramente administrativo. ¡Cuán difícil la situación del gabinete Laffite una vez deshecho, desautorizado, sin apoyo oficial el partido del Hotel de Ville! Roto el equilibrio resultante de las buenas relaciones de éste con el gobierno, todo fueron inquietudes, turbulencias, antipatías y graves crisis.

De estos sucesos se aprovechó hábilmente Luis Felipe para regularizar su situación, mejor dicho, para saciar su codicia. La corona estaba indotada, y el Rey, después de haberlo calculado y medido, pidió á Laffite la presentación de un proyecto de ley fijando la lista civil en diez y ocho millones de francos. El ministro, pareciéndole excesiva la suma, la rebajó á doce millones; pero el Rey hizo que su proyecto de presupuesto, dividido en partidas, varias de ellas destinadas á subvencionar museos y artistas, llegara á la comisión encargada de dictaminar, seguro de que no faltarían diputados cortesanos que lo

harían suyo, presentándolo en uso de su iniciativa parlamentaria. Cuando Laffitte lo vió en la Cámara, acudió al Rey lamentándose de que supieran varios diputados lo que no se había atrevido á comunicar á sus compañeros de gabinete, y como Luis Felipe le objetara que su lista distaba de la de Carlos X, Laffitte le contestó: «No dista tanto, y en todo caso, estamos muy cerca de la Revolución, de la que al parecer se olvidan siempre en este palacio». Esto no obstante, se votó la lista importante diez y ocho millones de francos, que luego se elevaron á veinte. En varios libros se aseguró que, con estas entradas, la enorme herencia del príncipe de Condé, que por entonces recibiera, sus capitales propios y demás donaciones, Luis Felipe llegó á disfrutar la renta anual de cuarenta millones de francos.

Las dimisiones de Lafayette y Dupont de l'Eure aumentaron el prestigio del partido republicano, al tiempo que el propósito de Luis Felipe de llevar las cosas hacia la derecha alentó las esperanzas de los carlistas, quienes, como sucede siempre en casos parecidos, tardaron mucho en darse cuenta de su verdadera situación, esperando que una resolución de las grandes potencias, ó un motín en las calles de París, les pusiera de nuevo al frente de Francia. Para mayor desdicha suya, surgieron entre ellos diferencias mortíferas. Carlos X, retraído en su residencia de Holy-Rood, antiguo palacio de los Estuardos, en Inglaterra, al ver que no se había cumplido el objeto de su abdicación, declaró que se tuviese por retirada y volvió á decirse rey, cuya resolución apoyó, haciéndola suya, su hermano el duque de Angulema. De esta informalidad protestó la duquesa de Berry, que siguió considerando rey de Francia á su hijo Enrique V, en virtud del derecho que le daba la doble abdicación de sus cuñados, notificada oficialmente á Francia y á todos los gobiernos europeos. Entonces Carlos X, alegando su derecho de patria potestad, separó á su nieto del lado de su madre, la cual se estableció en Londres, para estar en medio de la alta aristocracia inglesa y tener más medios de conspirar. Joven, de temperamento ardiente y dada á la intriga, no podía la de Berry resignarse á vivir en Holy-Rood, cuya natural tristeza aumentó Carlos X recobrando sus antiguas costumbres de recibir en corte, rodearse de ridícula etiqueta y jugar largos partidos de naipes. Esperaba en su ociosidad el rey caído, que nueva restauración llamara á sus puertas, al paso que la de Berry recibía adeptos, los animaba escribiéndoles, y ayudaba á formar centros de conspiración en Vendée, Bretaña y otras comarcas del Mediodía, donde el clericalismo conservaba fuertes raíces. Merced á estos arrestos de su madre, el duque de Burdeos llegó á ser en breve el ídolo de los borbónicos, quedando Carlos X y su hermano relegados al olvido. Tales alientos infundió la duquesa á los suyos que, aun constituyendo una exígua minoría en París, determinaron, aprovechando la amplia libertad otorgada á todas las doctrinas y partidos, conmemorar el veintiuno de Enero, aniversario de la muerte de Luis XVI, y lo conmemoraron mandando decir misas, á que asistieron no más que por

alardear de sus sentimientos borbónicos. El buen éxito de esta manifestación les animó á celebrar otra más ostentosa el día catorce de Febrero, aniversario del asesinato del duque de Berry. Mas tanto la anunciaron, que la opinión revolucionaria se sintió lastimada, y sucedió que, mientras los carlistas disponían el catafalco que había de levantarse en el templo de San Roque, los estudiantes y sociedades populares se daban cita para impedir aquella especie de insulto á las nuevas instituciones. A tanto el gobierno de estos propósitos, pidió al arzobispo de París que interpusiera su autoridad para precaver la posibilidad de un trastorno, y el Arzobispo mandó que los oficios anunciados en el templo de San Roque no se celebraran. Entonces se dirigieron los carlistas al párroco de Saint Germain L'Auxerrois, quien, devoto del rey caído, accedió á complacerles, anunciándose por medio de carteles el cambio de templo.

Cuando el funeral por el alma del duque de Berry iba á cantarse, un inmenso grupo, enardecido por su número y por sus propios gritos, penetró violentamente en el templo y se entregó á censurables excesos, rompiendo altares, imágenes y confesionarios; y como alguien dijera que la culpa de haberse organizado la manifestación carlista era del Arzobispo, la muchedumbre se precipitó al palacio arzobispal, lo invadió, destrozó cuanto halló al paso, arrojando por las ventanas y luego al río, muebles, libros y objetos de todas clases. Algo parecido se intentó contra Conflans, finca de recreo del Arzobispo, y voces amenazadoras se oyeron en los alrededores de las casas de algunos orleanistas de significación conservadora. El grito de guerra de esta contra manifestación fué: ¡Mueran los jesuitas! al que sucedió el proferido ya con insistencia en los días de Julio: ¡Abajo las flores de lis!, que al punto fueron borradas de los edificios públicos por el pueblo y por las autoridades, y el mismo Luis Felipe las quitó de las portezuelas de sus coches, por no perder su popularidad.

Hubo, sin duda, en los excesos referidos falta de celo por parte del gobierno, que no adoptó precaución alguna para evitarlos, en daño de los mismos principios que representaba, contra los que se produjo un movimiento enérgico de reacción. Fué éste muy visible en Francia, donde hasta los menos tibios se creyeron obligados á inclinarse á la derecha; enérgico y avasallador en los demás Estados. Aquellos reyes que habían entronizado en Francia la restauración borbónica, temieron la renovación de las atrocidades de mil setecientos noventa y tres, y como el carácter de los atropellos había sido antirreligioso, hablóse por doquier de la impiedad sectaria y del peligro que corrían las sacrosantas creencias de los pasados tiempos. Estos movimientos de opinión favorecieron á los carlistas, y más aún la torpeza del gobierno, que ordenó registrar casas y detener á tal ó cual acusado por la opinión de sostener relaciones nada correctas con la emigración borbónica.

La discusión de estos asuntos en la Cámara de diputados fué mortal para el gobierno.